



JOSÉ MANUEL ROMERO, OAR

Venancio Martínez

CORAZÓN DEL BUEN PASTOR



LAMPARAS ARDIENTES
agustinos recoletos

1

① Mapa Interactivo ↗



Ivybridge, Devon
1932-1934 • Formación sacerdotal

Spain (España)

Navarra, España
1911 • Nacimiento

1926-1932 • Formación religiosa

Kweiteh (Shangqiu), Henan
1935-1936 • 1939-1944

Shanghai, China
1937-1938



Venancio Martínez

CORAZÓN DEL BUEN PASTOR

José Manuel Romero, OAR

LAMPARAS ARDIENTES
agustinos recoletos

“Es mejor para ti, hereje, lámpara apagada,
que escuches a Juan Bautista, que es una
lámpara ardiente”

(SAN AGUSTÍN, *Sermón contra los donatistas,*
en el nacimiento de san Juan Bautista: 280, 5).

“Llamó lámpara a Juan (Jn 5, 35),
lámpara encendida en la fuente de la luz
para dar testimonio de la verdad”

(SAN AGUSTÍN, *Sermón la víspera del*
nacimiento de san Cipriano: 308A, 1).

“Entre la multitud de los resucitados
brillarán con luz particularísima los gloriosos
mártires, y los mismos cuerpos en los que
sufrieron tormentos infames, se convertirán
para ellos en adornos magníficos”

(SAN AGUSTÍN, *Sermón en el nacimiento de*
las santas Perpetua y Felicidad: 280, 5).



Índice

I	TRAYECTORIA BIOGRÁFICA	7
	I. SEMBLANZA HUMANA.....	9
	II. VOCACIÓN MISIONERA.....	11
	III. LLEGADA A LA MISIÓN.....	13
	IV. PRIMER AÑO (1936). INCULTURACIÓN Y ESTUDIO DEL IDIOMA.....	15
	V. SEGUNDO AÑO (1937). PROFESOR EN EL SEMINARIO DE KWEITEH.....	17
	VI. VIDA RELIGIOSA EN LA CASA CENTRAL.....	21
	VII. PARÉNTESIS EN SHANGHAI (1938). INVASIÓN JAPONESA.....	23
	VIII. VIDA APOSTÓLICA EN YÜCHENG. PRIMERA ETAPA (1939-1941).....	27
	1) <i>Regreso a la Misión y destino a Yücheng</i>	27
	2) <i>Construcción de una misión de nueva planta ...</i>	27
	3) <i>Situación social de la misión</i>	31
	4) <i>Vida de los campesinos: pobreza, sencillez e inseguridad</i>	33
	5) <i>Atención a los refugiados</i>	34
	6) <i>El "abanderado" y salvador de Yücheng</i>	36
	7) <i>Acción apostólica y visitas pastorales</i>	39
	8) <i>Apostolado de la Caridad</i>	42

6 índice

IX. VIDA APOSTÓLICA EN YÜCHENG.	
SEGUNDA ETAPA (1942-1944).....	47
1) <i>Situación de la misión</i>	47
2) <i>Obra evangelizadora</i>	48
X. VIDA ESPIRITUAL.	
ESPIRITUALIDAD MISIONERA	53
1) <i>Vida espiritual</i>	53
2) <i>Espiritualidad misionera</i>	54
XI. OFRENDA COMO VÍCTIMA AL AMOR MISERICORDIOSO (1943) Y MUERTE (1944).....	57
XII. FAMA DE SANTIDAD.....	63
2 POR SUS ESCRITOS	65
LA REINA DE LA SANTA INFANCIA	65
MANOS QUE SALVAN	69
3 HITOS DE UNA VIDA	73

Trayectoria biográfica

La Misión de China ha estado siempre en el corazón de la Orden de Agustinos Recoletos como una de sus hazañas más gloriosas. Uno de los protagonistas de esta obra fue fray Venancio Martínez, modelo de misionero agustino recoleto, que evangelizó en la Misión de Kweiteh, hoy llamada Shangqiú, en la actual provincia de Henan (China) desde el 1935 al 1944.

«¡Cuántas cosas y cuántos recuerdos duermen en archivos y en la memoria de nuestros mayores, que no aprovecharán a nadie porque nunca saldrán a la luz e irán con ellos a la tumba! Convendría, pues, sacar de nuestros archivos y de nuestras crónicas documentos y biografías de frailes nuestros, célebres por sus obras, que podrían servirnos a todos de modelo y animarnos a imitarles»¹.

Así introducía el padre Luis Aguirre la publicación de las notas de su archivo privado que sobre la figura de este ilustre y santo religioso había recogido 38 años antes. Ahora, a los 90 años de la apertura de la Misión de China, y de los 70 años de la santa muerte de aquel misionero procedemos a presentar una biografía y una semblanza espiritual de fray Venancio.

¹L. AGUIRRE, «Recuerdo fraternal y cariñoso del padre Venancio Martínez, misionero en China», *Boletín de la Provincia de San Nicolás de Tolentino* 74 (1984), 13-41, 13.



I. SEMBLANZA HUMANA

Venancio nació en Mélida (Navarra, España) el 31 de marzo de 1911. A los doce años ingresó en el colegio preparatorio de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Filipinas, donde se preparó para ingresar en la casa-noviado de Monteagudo (Navarra). El día 6 de septiembre de 1927 emitió su profesión religiosa que ratificó solemnemente el 1 de abril de 1932. Cursada la carrera eclesiástica, se ordenó sacerdote en la abadía benedictina de Buckfast (Devon, Reino Unido) el 22 de julio de 1934.

Era de cuerpo enfermizo, pero de espíritu fuerte, como si Dios se lo hubiera quitado del primero para añadirsele al segundo. De porte digno y atrayente, era afable y bondadoso, de carácter dulce, que atraía y ganaba las simpatías de quienes le trataban. Siempre brillaba en sus labios una sonrisa que atraía e infundía confianza a cuantos con él trataban. Todos lo querían y en especial los niños.

II. VOCACIÓN MISIONERA

Tras ser ordenado, fue destinado como profesor al colegio preparatorio de Lodosa donde hizo su primera experiencia en la educación de la juventud. Al llegar a Lodosa se encontró con el padre Mariano Alegría, superior religioso de la Misión de Kweiteh, que ese año residía allí tras haber retornado de la Misión a España para pasar un tiempo de vacaciones. Una noche fray Venancio se presentó en la celda del padre Mariano y con timidez y muchos nervios le dijo:

«Padre Alegría, no se ría de mí por lo que le voy a decir, pues ya sé que soy un inútil, que no valgo para nada y mucho menos para ser misionero; pero vengo a decirle que China me atrae mucho, y quisiera saber si yo podría hacer allí algo de provecho, como enseñar latín, música o alguna otra cosilla a nuestros seminaristas chinos»².

Alegría, emocionado por aquella humildad y aquella vocación, le dijo que claro que podía hacer algo; es más, podría ser un muy buen misionero. Él mismo se encargó de escribir al Provincial y de dar todos los pasos para que al volver a China pudiera llevarle consigo.

² *Ibid*, 16.

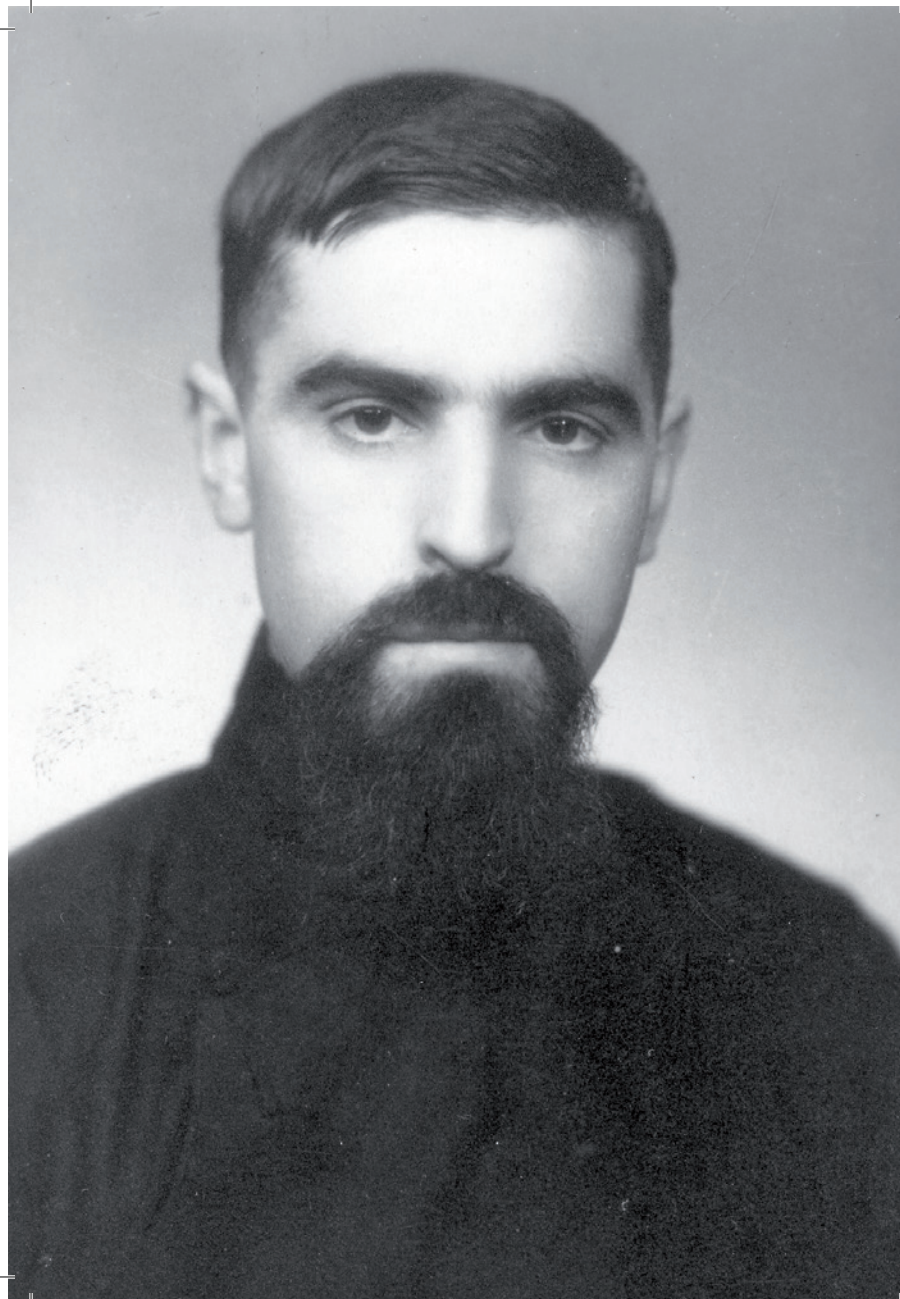


*Con un grupo de cristianos
y varios soldados japoneses.*

III. LLEGADA A LA MISIÓN

El 30 de octubre de 1935, de la mano del padre Mariano Alegría, llega a la Misión fray Venancio. El territorio de la Misión de Kweiteh (Shangqiu, hoy día) se halla enclavado en la zona este de la provincia de Henan, situada en la zona centro oriental de China. Es una planicie inmensa de unos 8.500 km² sin montes, llana como un lago, completamente libre de cualquier río o monte que deforme su superficie. Esto hace que el clima continental propio de la zona sea aún más extremo, haciéndolo sumamente duro en invierno y en verano (con temperaturas que alcanzan hasta 14 grados bajo cero y 41 grados respectivamente), ya que la dejan sin abrigo alguno ni contra los vientos gélidos del norte en invierno ni contra los rayos abrasadores del sol en el verano.

En ella viven cerca de dos millones y medio de habitantes, dando una densidad de población de 300 habitantes por km². Más del ochenta por ciento de ellos se dedican exclusivamente a la agricultura, y de la agricultura salen los medios con que sustentan la vida, frugal y sencilla, todos los campesinos y la mayor parte de los que viven en las ciudades.



IV. PRIMER AÑO (1936).

INCULTURACIÓN Y ESTUDIO DEL IDIOMA

A las dos semanas de llegar a la Misión es destinado al puesto misional de Chutsí, junto a la estación de Kweiteh, distante unos ocho kilómetros de la Casa Central de la Misión.

La llegada del misionero a un mundo nuevo pone a este en el centro del proceso de inmersión en una cultura nueva. Venancio, como los demás misioneros, vestirá la toga china con cuello romano en vez del hábito religioso, llevando vestiduras laicales cuando no podían de otro modo transitar o permanecer cómodamente en los lugares a donde debían ir. Otro de los signos característicos de los misioneros de China era el dejarse la barba estilo chino. No se concebía en China un hombre de pro sin una hermosa barba. Era emblema de edad madura, inspiraba confianza y estima, suponiendo en quien la portaba sabiduría y experiencia. Cuando un hombre mantenía o se dejaba la barba después de la muerte de su esposa era señal evidente de que no quería pasar a segundas nupcias, y si por el contrario se afeitaba la barba, era señal de que quería tomar esposa de nuevo. Por ello, al dejarla crecer, los misioneros manifiestan que “no son casaderos”, sino que han renunciado al mundo para guardar el celibato, aplicarse al estudio y a la perfección, y dedicarse asimismo a procurar el bien del prójimo.

La primera obligación del padre Venancio al llegar a la Misión era el estudio del idioma. Para ello, fue destinado a Chutsi donde estaba fray Mariano Gazpio, que era el que mayor dominio tenía del idioma gracias a su esfuerzo y constancia en su estudio y profundización.

Fray Venancio se dedicó con empeño al estudio del idioma. Los padres lo estudiaban con una gramática china en español en cuatro tomos, que no dejaban sino para coger el breviario y rezar. Pasaban a la celda del padre más antiguo, que hacía de guía y ayuda, repitiendo con él las frases más usuales y aprendiendo los modos ordinarios de los fieles para confesarse, que era lo que más les urgía. Tras ese aprendizaje ensayaban lo que habían aprendido con los chinos que se encontraban por la Misión a fin de ir acostumbrando el oído a la entonación.

V. SEGUNDO AÑO (1937).

PROFESOR EN EL SEMINARIO DE KWEITEH

No cumplido un año de estancia, el 15 de septiembre de 1936 fue nombrado vicerrector y maestro del Seminario. El Seminario se había inaugurado en el año 1931 y era un edificio de tres casas, saneadas y bien orientadas, muy bien iluminadas, con sala de estudio, clase, refectorio, dormitorio, sala de recreo y habitación para el rector, el padre Joaquín Peña. Delante de las tres casas se extendía un hermoso patio bien iluminado y resguardado del frío, donde los niños jugaban al fútbol y donde había un pedazo de jardín que los niños cultivaban.

Enseñar las primeras letras y los rudimentos de la lengua latina a los seminaristas en su primera etapa de su formación fue la tarea que el padre Venancio realizó con buena dosis de paciencia, férrea voluntad y entusiasmo nada común, teniendo en cuenta que a la dificultad del uso del idioma chino, se le añadía la de tener que luchar contra los resabios que traían los estudiantes de sus pueblos, contra la pereza de sus entendimientos, que hasta entonces no se habían dedicado al ejercicio del estudio intenso, y contra la dificultad que la lengua latina suponía para ellos.

En el año largo que estuvo, dejó su huella imborrable en la vida del seminario y de los seminaristas. Fray Venancio tenía el don de cautivar a los niños, que lo querían como un padre. Nicolás Shi, que llegaría a ser el tercer obispo de la diócesis, y que fue uno de sus alumnos, expresa así sus recuerdos de aquel padre:

«Él ha traído al Seminario la actividad y vivacidad, enseñando a los seminaristas música y cantos sagrados, cada día

guiándolos a practicar gimnasia, y prestándoles mucha simpatía y cariño, y por tanto los seminaristas le querían mucho»³.

El padre Venancio trató siempre de encender el espíritu misionero en los seminaristas, así como había hecho con los niños del colegio de Lodosa. En la revista *Todos Misioneros*, órgano de difusión de la Misión de China, anima con sus escritos a todos los educadores a seguir este camino.

El padre Venancio, estando en la Casa Central, tuvo también contacto con la labor de las madres recoletas con las niñas huérfanas o recogidas de la Santa Infancia. Así nos describe él el orfanato:

«Un cubierto de unos tres metros de altura, de unos doce de largo, por tres de ancho. Dividido por unos tabiques hacen de él unos dormitorios y un comedor. El suelo está húmedo y las paredes traspiran también el hielo intenso de esta nevera. Todo es sencillo hasta el exceso y extremadamente pobre»⁴.

Pero, en contraste con la pobreza material y la frialdad del edificio, Venancio destaca las riquezas espirituales y de amor, la calidez y ternura que reinaban en las relaciones entre las madres y las niñas.

«Sin más amparo que la caridad de Cristo en los corazones misioneros, qué bien saben pagar con su agradecimiento cuanto se ha hecho por ellos. Porque saben amar de verdad. El alma del niño, ya lo sabéis, como la enredadera, se arraiga y se enlaza con la de la madre. Pero como no tienen, las monjitas son sus madres. Y así viven unas en otras. Y en esos brazos llegará a faltarles el pan, pero les sobrará el cariño grande y maternal»⁵.

³ N. SHI, «Historial reseña sobre la Diócesis de Shangqiu (Kweiteh)», (1991), AGOAR, L, 9, 4.

⁴ V. MARTÍNEZ, «De la Santa Infancia. "Flores de barro"», *Todos Misioneros (=TM)* 9 (1936), 134-137, 135.

⁵ *Ibid.*



15 julio 1940 En la Casa Central de Kweiteh, con motivo de la visita del prior general Leoncio Reta.

El padre Venancio también resalta el gran desarrollo espiritual que veía en las niñas educadas por las religiosas:

«Acabo de visitar nuestro orfanatrofio. Vengo hondamente impresionado. Es un rincón tan humilde que tiene todas las apariencias de unos establos algo decentes. [...] Una de las cosas que más me ha llamado la atención, es un grande desarrollo espiritual en sus pequeñas conciencias»⁶.

⁶ *Ibid*, 134-135.



1940 Con fray Martín Legarra, en foto de estudio.

Entre ellas llama la atención una pequeña cieguita, a la que llamaban “la reina de la Santa Infancia”. Fray Venancio, con su alma de místico y su gran sensibilidad espiritual para leer en las almas, supo discernir e interpretar el proceso interior y espiritual de aquella alma acrisolada en la prueba; probada, en un modo acorde a su edad, en la doble noche oscura, la de los sentidos y la del espíritu, proceso que las monjas supieron iluminar y guiar, llevando a la niña a una profunda vida escondida en Dios, como víctima fecunda, como luz en la oscuridad para la Misión.

VI. VIDA RELIGIOSA EN LA CASA CENTRAL

La fiesta de San Agustín se acostumbraba a celebrar con gran solemnidad, con asistencia de todos los frailes y de gran cantidad de fieles; a veces con presencia de religiosos de otras prefecturas y vicariatos. En algunos casos hasta las autoridades civiles se acercaban a felicitar a los religiosos.

La celebración era sencilla, pero no por eso desprovista de intimidad y calor afectivo. Se cantaba la misa solemne con sermón a cargo de algún religioso y bendición solemne con el Santísimo como final de la función religiosa. Luego venía la inevitable expansión entre los misioneros, que se alegraban fraternal y santamente.

Para facilitar la asistencia de todos los frailes a las fiestas de San Agustín (28 agosto) y de San Nicolás (10 septiembre), como momentos importantes de vida comunitaria, se determinará ya desde el año 1933 que los ocho días de ejercicios espirituales se tuvieran entre ambas. De este modo, los religiosos gozarán de unos días preciosos de convivencia, de celebración y de retiro.

Para los religiosos estas fechas de los ejercicios espirituales unidos a las celebraciones comunitarias y tiempos de recreación y convivencia, serán verdaderos oasis de la vida espiritual, vitalidad y aliento en medio de las dificultades de la vida misional.

El obispo, monseñor Francisco Javier Ochoa, comprendiendo la importancia de estos momentos para los misioneros en su difícil vida, determinó también que todos los religiosos fuesen todos los meses siquiera un día a la Casa

Central a estar con él y con los que vivían en Kweiteh, para hablar de sus cosas, cambiar impresiones, distraerse un poco y suspender, aun por breve tiempo, el continuo ajetreo en que se vivía en los distritos.

Otros momentos especiales de vida comunitaria extraordinaria serán la llegada de nuevos religiosos a la Misión. Todos intentan hacer un paréntesis en su vida misionera y se apresuran para pasar unos hermosos días con los nuevos misioneros, conocerlos y conversar con ellos.

El padre Venancio era persona alegre y muy optimista, reñido con la tristeza y la melancolía. Poseía una alegría serena que nacía de su profundo optimismo y confianza absoluta en Dios. Solía decir muchas veces que el misionero tiene que ser alegre, como alegre es su misión en el mundo.

Gozaba con los hermanos y en las reuniones con los otros misioneros; con ellos hablaba, reía y cantaba como el que más. Cuando algún religioso llegaba a la misión de visita echaba la casa por la ventana y decía: «*Hospes venit, Christus venit*» (“Cuando viene un huésped, es Cristo quien viene”). Era con los misioneros buen compañero y buen hermano: cariñoso, afable, generoso, servicial y siempre dispuesto a complacerlos.

VII. PARÉNTESIS EN SHANGHAI (1938). INVASIÓN JAPONESA

En julio de 1937 cayó enfermo y tuvo que ir a Shanghai, donde fue operado de apendicitis. En aquel mes estalló la guerra chino-japonesa, viéndose obligado a permanecer allí hasta diciembre de 1938. Sólo Dios sabe los pasos que dio y las gestiones que hizo para poder volver a la misión; y sólo Dios sabe lo que sufrió al no poder realizar sus deseos. Aun cuando su cuerpo estaba en Shanghai, su corazón estaba en la misión.

«Contra todos los deseos, todas las esperanzas y cálculos humanos, aquí me tienes todavía, hecho un no sé qué, harto de esta Babilonia y de estas vacaciones que van resultando como un curso de vacaciones, que si no nos hubieran venido mal en aquellos tiempos pasados, hoy no las puedo atragantar...»⁷

La guerra chino-japonesa y la invasión de Japón vinieron a marcar este nuevo período, que ponía fin a la época de tranquilidad y de trabajo misional fructífero de que gozaba la misión desde 1931.

Una de las características de esta guerra será la presencia de cientos y miles de refugiados, masas de gente que huyen del frente de batalla en busca de protección para sus personas y sus bienes. La gente traía el poco dinero y bienes que podían llevar consigo y todos, ricos y pobres, ponían todo lo que tenían en manos de los misioneros con una confianza ciega en su probidad y honradez.

⁷ F. SANZ, «Victima del Amor Misericordioso», *TM* 17 (1947), 172-174, 173.

El 20 de mayo llegó el bombardeo de la ciudad de Kweiteh. Los japoneses la bombardearon varias veces. Sólo una bomba cayó dentro de los límites de la misión, mas con tan rara y feliz casualidad que fue a parar al pozo del seminario. Sin embargo, los varios proyectiles que cayeron en sus inmediaciones causaron gran daño material. La Iglesia, en su parte sur, quedó casi completamente destruida, dos casas del seminario completamente arrasadas y otras con enormes destrozos; no quedó un cristal sano ni una ventana en su sitio. Todo era desorden y ruina.

A los pocos días del inicio de los bombardeos, el 29 de mayo, los japoneses entraron triunfantes en Kweiteh. Los soldados entraron con siete grandes camiones y arramplaron con todo aquello que pudiera servirles de la misión. En una palabra, los dejaron con lo que llevaban encima. No sólo los misioneros y religiosas se quedaron sin nada, sino también los muchos cristianos y gran número de paganos, que se habían refugiado allí llevando todo su dinero y todo su ajuar.

Fueron dos meses y medio de angustia y ansiedad los que pasaron refugiados en el hospital protestante de las afueras de la ciudad. Por fin, el día 10 de agosto pudieron retornar a la misión. Al llegar a la residencia, la encontraron convertida en una auténtica cuadra.

Los frailes se repusieron de inmediato al desánimo inicial. Los cuatro primeros meses se dedicaron a reconstruir los edificios dañados por las explosiones, y fueron reponiendo poco a poco lo más necesario de lo que se les habían llevado. En todo lo cual se fueron cantidades verdaderamente ruinosas para el menguado poder económico del

Vicariato; en todo este tiempo tuvieron que malcomer por la dificultad de adquirir alimentos.

La guerra trajo consecuencias inmediatas sobre la economía de la zona. Subieron los precios de toda clase de artículos y se disparó la especulación de los comerciantes. Los artículos importados duplicaban y triplicaban su precio y muchos artículos desaparecieron completamente del comercio debido a la dificultad de las comunicaciones y del transporte.

La guerra en Shanghai había cortado las comunicaciones entre esa población y el resto de la nación. Estando allí la Casa Procuración, por donde se recibían todas las ofrendas de la Congregación De Propaganda Fide, de la Orden y de los benefactores extranjeros, la Misión se vio repentinamente privada de dinero.

Desde la toma de la ciudad, la escuela de catequistas se cerraría no llegándose a abrir más, pues fue ocupada por los japoneses como hospital de sangre. También debieron ser suprimidos los catequistas, no sólo por la falta de dinero, sino también porque la vida de la campiña se había hecho imposible. Se mantuvieron, sin embargo, el seminario, las religiosas y la Santa Infancia.

En Yücheng, con un grupo de feligreses.



VIII. VIDA APOSTÓLICA EN YÜCHENG. PRIMERA ETAPA (1939-1941)

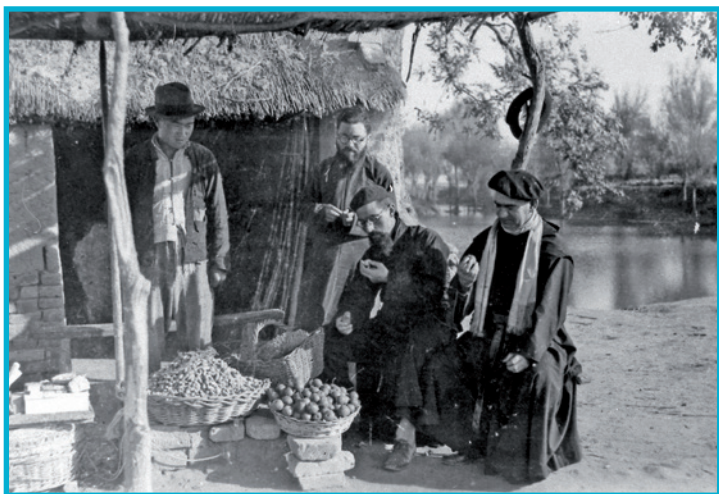
1) REGRESO A LA MISIÓN Y DESTINO A YÜCHENG

El 22 de diciembre de 1938 regresa a la Misión acompañando al prior provincial, Ricardo Jarauta. Tras participar en las celebraciones de la profesión solemne, ordenación sacerdotal y cantamisa de José Shan, el primer sacerdote recoleto chino, el padre Venancio es destinado al puesto misional de Yücheng como encargado.

Sus ardientes ideales apostólicos, aumentados por la prueba del "destierro" en Shanghai, hicieron que ese primer y único destino a un puesto misional fuera especial para él. Yücheng distaba 35 kilómetros de la casa central, y para llegar a su amada misión, nuestro intrépido misionero recorrió a pie esa distancia con los caminos cubiertos de nieve.

2) CONSTRUCCIÓN DE UNA MISIÓN DE NUEVA PLANTA

En Yücheng se poseía desde hacía diez años de una parcela no pequeña de terreno desnudo. Los dos misioneros anteriores a Venancio intentaron edificar, y los dos, en vista de las dificultades que encontraron, tuvieron que desistir. La escritura de la compra les había sido entregada por las autoridades de aquel entonces sin ningún contratiempo, pero parece ser que faltaba o sobraba algún requisito legal sin importancia, porque cuando, pasado algún tiempo, pusieron manos en el terreno con la intención de ir preparándolo para comenzar a edificar, se levantó una tremolina formidable contra ellos, obligando a los obreros contratados a



1940 Yücheng. Con Luis Aguirre y el prior provincial Pedro García de Galdeano, haciendo un alto en el camino dentro de la misión de Yucheng.

abandonar el trabajo con amenazas de encarcelamiento si no obedecían. Los misioneros tuvieron que volver a su casa alquilada.

Aquella casa era insuficiente y el tiempo de alquiler concedido estaba para expirar. Con la nueva situación política surgida tras la invasión, las nuevas autoridades no ponían ya cortapisas a la edificación de los misioneros. Monseñor Ochoa le encargó al padre Venancio que levantara una misión de nueva planta.

«A pesar de todo, y viendo las apariencias a favor nuestro, para ir con pie seguro, invité en varias ocasiones a las autorida-



2004 Pintura de Begoña Sanz sobre la fotografía anterior.

des civiles y militares de la ciudad, quienes se declararon abiertamente dispuestos a apoyarme en todo cuanto estuviera de su parte. A veces, con un banquete se consiguen más victorias que con mil razones»⁸.

⁸ V. MARTÍNEZ, «Carta de 11 enero de 1940 (Yucheng) al P. Javier Ochoa», *TM* 13 (1940), 44-46, 44.

Ciertamente, con el banquete, al que había invitado al mandarín, a los jefes de las oficinas, a los principales comerciantes y a los principales de la ciudad, consiguió que el mandarín aprobara por escrito las obras delante de todas aquellas personas relevantes. Con este acto consiguió que todos aquellos que se habían opuesto anteriormente, ahora le prometieran su ayuda para levantar la misión. Se había solucionado así el problema de los permisos, pero quedaba ahora el del dinero, porque cuando fue a la Misión a dar cuenta de sus gestiones a monseñor Ochoa, este le dijo que no se disponía en ese momento de todo lo que se necesitaría para llevarlo a cabo. «No importa dice Venancio, siempre optimista, al señor Obispo; deme lo que pueda y yo me encargo de remover el mundo para conseguir el resto».

Para el padre Venancio no existían las dificultades, pues ante ellas se agrandaba. Con su infatigable y entusiasta carácter no escatimó esfuerzos y con su constancia y decisión comenzó a escribir cartas, pidiendo limosnas a infinidad de personas conocidas y desconocidas, teniendo incluso el atrevimiento de escribir a Henry Ford, el multimillonario norteamericano. Aunque muchos le dieron la llamada por respuesta, y otros contestaron disculpándose de no poder ayudarlo, también es cierto que no pocos le enviaron sus limosnas. De este modo, en poco más de un año, llevó a término con éxito este asunto, pudiendo decirse que en la misión de Yücheng todo fue obra suya: cercó la propiedad y construyó la capilla, la casa del misionero y los departamentos para cristianos y cristianas.

3) SITUACIÓN SOCIAL DE LA MISIÓN

La misión de Yücheng tiene una extensión de unos 1.000 km² y 300.000 habitantes, más o menos. La mayoría de la población, campesina, vive en una infinidad de villorrios esparcidos por toda la campiña. Los villorrios son pequeñas aldeas abiertas a todos los vientos, de no más de treinta casas en general, no pasando ninguno de las cincuenta, y no llegando muchos de ellos ni siquiera a las diez. Todas las casas son de barro, con un entramado de caña de sorgo sobre el que extienden puñados apretados de paja por techo. Tienen una puerta mal encajada y un ventanuco que no admite ni pizca de luz. Interiormente están divididas con tabiques de caña.

El hambre era uno de los problemas más agudos y de más difícil solución. Para la gran masa del pueblo bajo, la lucha por cubrir las necesidades diarias más básicas era terrible, continua y sin esperanza de alivio próximo.

Los inmensos territorios intermedios sin valor estratégico que escapaban al control directo del ejército japonés eran un verdadero caos sin orden ni concierto. Pululaban por ellos millares de personas armadas, restos dispersos del ejército nacionalista, guerrilleros, comunistas, bandidos...

Pero al daño que los bandidos producían a la ya paupérrima economía y tranquilidad de los campesinos, se le añadían las desgracias de los que querían defenderlos de ellos. El P. Venancio recoge el testimonio de unos cristianos de su misión:

«Por ellos, me dicen los cristianos, no vienen aquí bandidos; pero ellos son peores que los bandidos, pues con estos cerrá-

bamos las puertas, nos defendíamos y las más de las veces no podían entrar, y así conservábamos nuestras cosas. Con estos otros no puede ser así: vienen como protectores a quienes les debemos la paz y tranquilidad, y por lo tanto hay que alimentar y aun sostener sus caprichos y vicios. Para todo tienen las puertas abiertas y cogen todo cuanto se les antoja. Además sabemos que antes eran bandidos: han cambiado de cabecilla y de nombre, pero en cuanto a los efectos para nosotros es lo mismo»⁹.

Sin llegar al nivel de los bandidos, se daba también el fenómeno del pillaje familiar, en el que un padre no necesitaba ocuparse de nada, como no fuera de mandar a su cuadrilla de hijos a los campos y exigirles a todos cuenta de lo robado al fin de cada día.

Otra de las consecuencias de la pobreza de los campesinos era que muchos se veían tentados al cultivo del opio que les dejaba mucho dinero, y que les traía al mismo tiempo desgracias personales y familiares por su consumo.

El infanticidio, cometido especialmente sobre las niñas, fue la realidad más dura que golpeó los corazones de los misioneros a su llegada a la Misión. Este crimen se cometía tanto en ciudades como en villorrios, en modo abierto e impunemente. Si bien esta trágica situación mejoró notablemente con el paso de los años, pues cuando la República gozó de cierta estabilidad estableció leyes duras contra este crimen, cambiando en algo la situación como describe el padre Venancio en el año 1936:

⁹ V. MARTÍNEZ, «De la Misión de Yucheng», *TM* 12 (1939), 267-287, 274-275.

«Es verdad que van desapareciendo aquellas escenas de impiedad, de encontrar en el pilón de cada esquina un cuerpecito destrozado horriblemente, o echarlas vivas al basurero, como se tira un gato medio tísico. Todo esto y otras escenas más, no se ven gracias a Dios. La ley civil castiga duramente a los padres que cometen semejante salvajismo. Pero lo que no se hace a las claras en medio del campo, se hace entre cuatro cañizos, sin más testigos que el verdugo vil»¹⁰.

4) VIDA DE LOS CAMPESINOS: POBREZA, SENCILLEZ E INSEGURIDAD

Fueron los campesinos los que sufrieron en mayor parte las consecuencias de todas estas lacras. La dureza de la vida de estas gentes es así descrita por el padre Venancio:

«Con nevadas y el relente de 14 grados bajo cero, cómo los compadecía y me conmovía la vida de estos pobres campesinos, tan sencillos que nada ambicionan, sino un poco de paz, para poder trabajar tranquilamente y después gozar en la familia del premio del trabajo. Y sin embargo, así van viviendo en un continuo sobresalto; cuando tienen, porque temen que se lo quiten, y cuando no tienen, pues, porque no tienen.

¡Ojalá pudiéramos penetrarnos de todo el fondo de tragedia y de inquietudes que ha apurado y está apurando este pobre pueblo! Nada tienen seguro ni aun las mismas personas. Los mozos, porque temen que se los lleven; las mujeres, porque temen cosas peores, y los viejos, porque los hijos sostienen la poca vida que tienen»¹¹.

¹⁰ V. MARTÍNEZ, «De la Santa Infancia. "Flores de barro"», *TM* 9 (1936), 134-137, 134.

¹¹ V. MARTÍNEZ, «De la Misión de Yucheng», 280.

El padre Venancio se maravilla al ver la frugalidad y la extrema simplicidad de alimentación de aquellas gentes, consistente en unos pocos panecillos, acompañados de algunas verduras muy condimentadas y alguna sopa caldosa de arroz o harina. También se maravilla de cómo los cristianos de uno de sus pueblos vivieran felices en medio de tanta pobreza en aquellas casas que a los ojos de los occidentales, acostumbrados a una vida de confort, muelle y exuberante, considerarían indignas aún para sus animales de compañía.

«¡Cómo me acordaba de los occidentales con su confort y su vida muelle y exuberante! ¡Si vieran esto! ¡Si vieran que personas humanas, con un corazón grande y bello, se esconden en estos cuchitriles que los considerarían indignos aún para esos animalitos caseros...! ¡Qué sencillos los de Jaulou! Son todos cristianos y catecúmenos, no hay ni un pagano y viven felices en medio de tanta pobreza»¹².

El padre Quintanilla describirá con un expresivo nombre la situación de estas gentes: son “potentados de la miseria”¹³.

5) ATENCIÓN A LOS REFUGIADOS

Hubo en aquella época cientos y miles de personas de las que se refugiaron en las misiones que, una vez terminada la invasión, no pudieron volver a sus casas, teniendo que vagar viviendo de limosna, acogiéndose a los muros protectores de la ciudad para salvar la vida de manos de los bandidos. Las dificultades económicas y de abastecimien-

¹² *Ibid*, 278.

¹³ A. QUINTANILLA, «Carta del 2 de noviembre de 1934 (Huchiao) al P. Javier Ochoa», *TM* 8 (1935), 27-28, 28.



1940 Yücheng. El prior provincial Pedro García de Galdeano bendice a los fieles en presencia de Luis Aguirre y Venancio.

to y el encarecimiento de los precios, así como la rapiña y saqueo de los guerrilleros y bandidos de diverso pelaje, hicieron que aquellas multitudes abandonadas fueran presa del hambre.

Mons. Ochoa vio con claridad la situación nueva que se presentaba en el Vicariato con todas aquellas gentes necesitadas y desde el primer momento también se dispuso a ponerle remedio usando algo de dinero que había podido obtener para hacer frente a las necesidades de la Misión:

«Decidióse, pues, que cada distrito recogiese en uno o dos puntos, según la capacidad de los locales aprovechables para el caso, el mayor número posible de gente hambrienta, de la que había de ser pagana la mayor parte. Y cuando todo estu-

vo preparado, el Excmo. Sr. Vicario Apostólico repartió a cada misionero una cantidad de dinero acomodada al número de recogidos que cada uno tenía. La mayor parte de ellos reunió de 300 personas para arriba. La cual cifra, multiplicada por 10 (número de distritos) da el número de 3000 a 3500 personas alimentadas por el Vicariato durante el periodo de tiempo nada despreciable de tres meses»¹⁴.

Pero no sólo asistían a la necesidad material de todos, sino que junto a aquellos centros abrieron catecumenados en los que nutrían las necesidades espirituales de los cristianos y de los catecúmenos.

«Con este dinero abrimos pues nuestros catecumenados, en los cuales hemos dado de comer a los cristianos más necesitados, a los catecúmenos y a muchos paganos. Estos últimos, aunque no se han bautizado, se han vuelto a sus casas muy contentos y con una buena semilla del evangelio dentro de sus corazones. Gracias a este medio de los catecumenados, que era el único que este año podíamos adoptar, hemos bautizado más adultos que los años anteriores, llegando el número de bautismos de adultos a unos mil doscientos»¹⁵.

6) EL "ABANDERADO" Y SALVADOR DE YÜCHENG

Los japoneses, en su marcha formidable, conquistaron y mantuvieron solamente los puntos estratégicos, los ferrocarriles, los caminos principales, las ciudades más importantes. Y así, filtrándose a través de estas arterias y centros neurálgicos, el ejército japonés tendió una red inmensa con

¹⁴ TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 12 (1939), 235-238, 238.

¹⁵ J. OCHOA, «Carta del 11 de junio de 1939 al Prior General Leoncio Reta», en *Cartas de Monseñor F. Javier Ochoa O.A.R.*, Madrid 2000, 178-181, 180.



*1939 Como abanderado
de la misión de Yücheng.*

que sujetaba y estrangulaba la vida de la China no ocupada.

La ciudad de Yücheng, a más de 20 kilómetros del ferrocarril, no estuvo nunca tras su toma ocupada permanentemente por los japoneses, por lo que hubo un flujo y reflujo de fuerzas chinas y japonesas en tres o cuatro ocasiones. En esta difícil situación, en los meses de marzo y abril de 1939, el intrépido fray Venancio se convirtió en el “abanderado” y salvador de Yücheng.

Los japoneses habían dejado a sus autoridades en la ciudad con sólo 300 fusiles para su defensa. La ciudad, tras dos días de asedio y ataque de las fuerzas chinas, desea capitular y todos, autoridades y pueblo, se acuerdan del misionero para actuar como hombre de paz.

«Padre, en sus manos colocamos la suerte de la ciudad; queremos rendirnos, pero deseamos respeto para nuestras vidas y propiedades. ¿Usted se compromete a llevar esta comisión al campo enemigo?» —“Ya estamos andando”. Y minutos después enarbolando la bandera roja y gualda de la gloriosa España, aparece solo en la parte superior de la puerta del Sur. El Misionero explica a gritos que lleva una misión de paz. Entonces, descolgándose por una cuerda que los defensores le tienden muralla abajo, se dirige campo atravesado hacia lo que podíamos llamar el Estado Mayor de aquella irregular y pintoresca tropa. Su relato es tan conciso como emocionante. Todo cuanto dice proviene del corazón. El Jefe lo comprende y accede, pero pone algunas condiciones. Y el Misionero tiene que tornar, ángel de paz, a los suyos, trepando de nuevo por la misma cuerda. Una salida más al día siguiente, y la entrega se concierta definitivamente. Juntos ya vencedores y vencidos, se organiza la entrada en la ciudad, y ya todos en el Mandarinato, óyese la voz del Comandante, quien en una arenga vibrante al pueblo, proclama solemnemente que la solución pacífica e incruenta del

conflicto se debe exclusivamente a aquel extranjero, misionero y español, que tenían delante»¹⁶.

Los japoneses, al enterarse de la caída de la población, no tardaron en mandar fuerzas que la recobraran. Y el padre Venancio Martínez fue llamado de nuevo a intervenir para salvar a la ciudad de un probable castigo de las fuerzas japonesas. Los bandidos habían huido evitando cualquier confrontación con el ejército organizado de los japoneses. Fray Venancio salió de nuevo, esta vez a entrevistarse con los mandos japoneses para convencerlos de que el enemigo había huido y que únicamente había en la ciudad pacíficos ciudadanos que sólo querían vivir en paz y con trabajo. Los japoneses, creyendo en lo dicho, entraron en la ciudad sin dar un tiro y restablecieron sus autoridades pacíficamente.

La gente de toda condición reconocía en los misioneros, en los cristianos y en la Religión Católica la presencia de un amor abnegado y generoso que hacía romper todos los prejuicios y prevenciones que habían tenido contra ellos hasta aquel momento y aquellos “diablos extranjeros”, que un día lejano habían llegado a sus tierras, eran ahora por ellos honrados como ángeles de paz y de bendición. Todos aquellos sucesos consiguieron crear un ambiente favorabilísimo para la acción apostólica.

7) ACCIÓN APOSTÓLICA Y VISITAS PASTORALES

El padre Venancio se entregó a ella en cuerpo y alma, llegando a ser la misión de Yücheng de las más numerosas y

¹⁶ TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 12 (1939), 169-174, 170-171.

quizá de las más fervorosas de todo el Vicariato de Kwei-teh. Es cierto que, en 1939, cuando él se hace cargo de la misión, ésta contaba ya con un crecido número de cristianos, en general muy fervorosos. Pero también es verdad que el esfuerzo y el celo de fray Venancio hizo duplicar el número de cristianos sin que disminuyera su fervor. Con todo, él no cedió a la inmodestia.

«Paréceme como un deber de justicia declararle que me tocó a mí el mejor tiempo de las estaciones, teniendo sólo que recoger con verdaderas prisas la siembra dolorosa de disgustos y sufrimientos que aquel terreno en cuestión había ocasionado a mis antecesores que regentaron este distrito»¹⁷.

Los cristianos de los puestos misionales no se encontraban agrupados en las grandes ciudades, sino diseminados en una infinidad de aldeas y villorrios, distantes de la central 10,15, 20 y más kilómetros, por lo que una de las mayores obligaciones pastorales del misionero era recorrer esas aldeas y villorrios, predicando y administrando los santos sacramentos.

La visita oficial se realizaba dos veces al año, en otoño y en primavera, siendo las épocas más convenientes durante los meses de noviembre-diciembre y marzo-abril, porque la gente, de ordinario, solía estar en casa, libre de ocupaciones apremiantes y además el tiempo era templado. Solían durar unas dos semanas, y en ellas visitaban las cristiandades prestando particular atención pastoral a los neófitos. Fuera de estas dos visitas oficiales, se daban en diversos tiempos y con diversos motivos, las visitas esporádicas más o

¹⁷ V. MARTÍNEZ, «Carta de 11 enero de 1940 (Yucheng) al P. Javier Ochoa», *TM* 13 (1940), 44.

menos frecuentes según la distancia y accesibilidad de los puestos y según el celo del misionero.

Fray Venancio hizo el firme propósito de visitar a sus fieles con la mayor frecuencia posible. Era un visitador incansable de las cristiandades pasando pocos días en su residencia. Estar con los cristianos era su alegría. Y esto a costa de muchas incomodidades de clima, de condiciones de vida, que si para cualquiera eran duras, más para él, por ser delicado de salud y padecer de frecuentes dolores de cabeza; y no sólo eso, sino que padecía también peligros de bandidos, por quienes fue asaltado y golpeado alguna vez. Pero ni estos peligros, ni las privaciones y molestias propias de estas visitas fueron capaces de quitarle los deseos y el entusiasmo por convivir con sus cristianos.

En una de sus visitas se encontró con que el responsable de una cristiandad llevaba tiempo sin cumplir sus obligaciones cristianas. En la visita, todos habían ido a escuchar la doctrina y a confesarse, menos él. El padre Venancio manda recado y se dirige a su casa. No se habían encontrado antes, y el padre Venancio comienza entablando un diálogo amistoso con él, invitándolo a sacar un cigarrillo y charlar, porque tenía muchas ganas de conocerlo y de poder hablar con él. La conversación se anima, deslizándose por mil cosas que se quedan a medio hablar. Aquel cristiano va entrando en confianza con el padre, y con remordimiento empieza a sacar él mismo la cuestión capital: él mismo se lamenta de su abandono, de su indiferencia, que unas veces por sus ocupaciones, otras por vergüenza, otras por los japoneses... pues que, en fin, que ha vivido como un pagano. Fray Venancio, con cariño de padre, le dice que ya no será así, que todos se han confesado ya y que a él dentro de un momento le espera en la capilla. Como

un niño con corpulencia de hombre, se deja llevar a la capilla y allí se confiesa con toda sencillez y humildad.

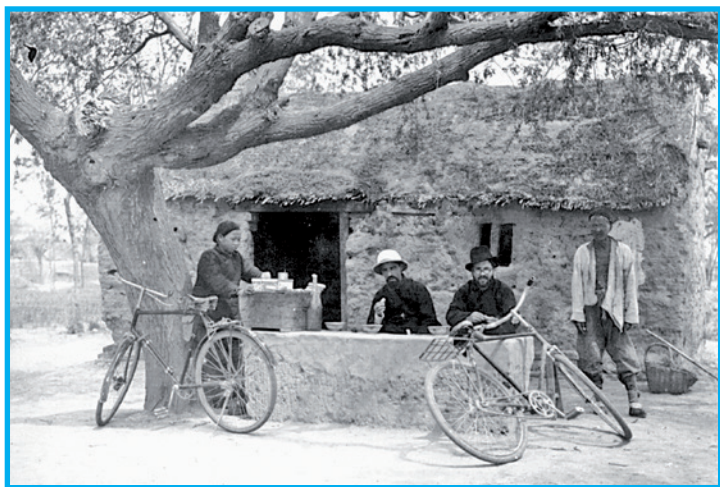
Cuando al visitar una comunidad se acercaba a alguno de los otros puestos misionales, solía visitar a los otros misioneros, propiciando momentos de gozosa vida fraterna:

«Encontrándome ya en terreno de Siayi, pienso dar una sorpresa a los Padres del Este, y así, después de terminar las obligaciones del ministerio, me decido ir a Siayi para ver a los padres Julián, Arturo y Francisco. El camino es algo peligroso, por ser lugar de mucho bandido. Hay un viento fuerte que nos hace mucha contra. [...] Llegamos cerrada ya la noche y encuentro el padre Arturo con los efectos consabidos de la malaria, pero tan animado y comunicativo como siempre. Cambiamos impresiones de amigos que dan un tónico suave y dulce a las rudezas de la brega de los días pasados. Al día siguiente, se presentan los padres Julián y Francisco, que nos traen otras tantas buenas impresiones con las grandes noticias de España y del exterior, contándonos mil peripecias que en estos meses, sin vernos, a ellos les han ocurrido. Pasamos un día en extremo fraternal y delicioso, y al día siguiente salgo para otro punto, continuando la misión interrumpida por un momento»¹⁸.

8) APOSTOLADO DE LA CARIDAD

Nuestro Venancio fue un titán de la caridad. De corazón blando y misericordioso con los pobres, los enfermos, los débiles y cuantos sufren. Amaba con predilección a los pobres quienes, conociendo su corazón compasivo y generoso, pronto se aficionaron a su persona y a su casa. Infini-

¹⁸ V. MARTÍNEZ, «De la Misión de Yucheng», *TM*, 12 (1939) 282-283.



En Yücheng, con L. Aguirre. Un alto en el camino.

dad de pobres pasaban por la misión, y todos marchaban con una limosna material y espiritual. Después de darles comida o dinero, solía decirles: «Ahora vete a la capilla a dar gracias a Dios por esta limosna y di al Señor: "Jesús, ten compasión de mí"; "Jesús, haz que te conozca y te ame"; "Jesús, sálvame"».

Cuando los catequistas de la misión se quejaban de su esplendor para con los pobres él les decía: «Bien empleado está lo que gasto con ellos. Lo que se da a los pobres, a Dios se da, y Dios, que es más generoso que nosotros, nos dará con creces las miserias que damos».

Una vez, tratando de convencer a un campesino para que no cultivase opio ni lo consumiera, le refirió el caso de

un desgraciado opio dependiente que había arruinado su vida y al que había ayudado, hasta conseguir que se restableciera bastante:

«Vino a mi casa un hombre como tú: las piernas hinchadas, los brazos sin poderlos levantar, sin sangre en las venas, con color ya de muerto, sin poder comer ya ni un panecillo. Fumaba opio y le dije que la causa de todo era el opio. Estuvo un mes en mi casa sin fumar, empezó a comer un poco con un poco de vino, echó colores, empezó a poder andar y comer como antes y ya no hace sino maldecir del opio; y ahora está ya medio curado»¹⁹.

Igual que el buen samaritano, fray Venancio no pasaba de largo ante las necesidades de los demás. Muchos moribundos, abandonados de todos, encontraron en estos gestos de amor para con ellos el mayor testimonio de la verdad del Evangelio que les predicaban, pues junto con el consuelo y calor humano buscaba siempre con caridad darles a esas personas la salud del alma. Como muestra de esta actitud del padre Venancio y de los demás misioneros y religiosas, destacamos esta historia conmovedora que nos describe el P. Venancio, y que ahora resumo, de la que probablemente fue él protagonista junto con los seminaristas y que nos traen a la memoria la escena evangélica del Buen Samaritano:

«Un anciano cuyo cuerpo era todo una llaga purulenta, hedionda y nauseabunda, por el fuerte e insoportable hedor que despedía, fue literalmente sacado del asilo y tirado desnudo en medio de un cañaveral, bajo el sol, a que muriera allí. Los que pasaban por el camino apresuraban la marcha con el pañuelo

¹⁹ *Ibid*, 279.

en las narices, hostigados por el olor nauseabundo. Pasaron por allí los seminaristas e hicieron el hallazgo y avisaron al Misionero. Llevaron al enfermo en camilla hasta la misión, donde el padre fue con paciencia exponiendo sencillamente las verdades fundamentales de la fe, invitándole a invocar a Jesús pidiendo misericordia. Pero todo lo que el Misionero le decía de Dios, de los sacramentos y del Cielo, lo tomaba en un sentido material, referente a su enfermedad física. El padre se retira a orar y vuelve de nuevo a evangelizarlo, aun cuando el dolor no le deja al enfermo poner apenas atención. Al final le pregunta directamente con el interrogatorio de la profesión de fe bautismal, a lo que el enfermo contesta que sí cree: «Oh, Padre, sí, yo quiero y creo todo eso. Todo eso es bueno, usted es bueno, Dios es bueno. Yo creo y quiero cuanto usted quiera». Y aquella alma, dando el último destello, se abandona por fin como un niño en manos del Misionero que lo bautiza. El anciano inclina un poco la cabeza al sentir el agua acariciante y fresca, y se duerme. A los dos minutos se lo llevarían los ángeles al cielo, porque ya no se despertó»²⁰.

²⁰ Cf. MAN-SHE, «Desde un cañaveral», *TM* 9 (1936), 272-275.



En Yücheng, con Luis Aguirre.

IX. VIDA APOSTÓLICA EN YÜCHENG. SEGUNDA ETAPA (1942-1944)

1) SITUACIÓN DE LA MISIÓN

Tras el periodo especialmente fecundo que siguió a la guerra chino-japonesa, con la estabilización del nuevo orden político en las zonas controladas, la declaración de guerra entre Japón y Estados Unidos el 8 de diciembre de 1941 vino a marcar una nueva época.

«Vino la incomunicación absoluta con el mundo y como consecuencia de ello el quedarnos sumidos en la más terrible y descorazonadora de las incertidumbres. [...] Como cristianos y sobre todos como misioneros levantamos los ojos al cielo y pusímonos confiados en las manos de la Providencia de nuestro Padre que está en los cielos»²¹.

Se produjeron situaciones de espantosa escasez en la misión, que obligaba a la gente a alimentarse de cualquier manera; esta situación fue terrible en zonas más occidentales, de donde grandes masas de población emigraron a las zonas de la misión, produciéndose escenas verdaderamente trágicas.

«Ha habido inmigrantes procedentes de las regiones del oeste en número incalculable de miles o tal vez de millones, gentes de todas clases que llenaban los pueblos y ciudades constituyendo un pavoroso problema para los particulares y autoridades. ¡Qué espectáculo hemos presenciado! Imponía realmente salir a la calle. En cualquier rincón tropezaba uno todos los días y a to-

²¹ A. QUINTANILLA, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1942; 1942-43», *TM* 17 (1947), 41-42; 89-90; 114-115, 41.

das las horas personas agonizantes. Por eso las niñas recogidas en la Santa Infancia han sido numerosas y no pocas personas consiguieron el inapreciable beneficio de ser bautizadas *in articulo mortis*²².

En medio de aquella gran penuria eran esta vez los misioneros quienes subsistían con las limosnas de los cristianos y aun de los mismos paganos, y no sólo subsistieron ellos, sino que consiguieron mantener el seminario, la casa noviciado de las religiosas y el orfanato de la Santa Infancia.

2) OBRA EVANGELIZADORA

En relación con la obra evangelizadora catecumenal se produjo la gran paradoja de encontrarse con unas disposiciones óptimas en la población junto a una falta absoluta de medios para mantener a los catequistas y sostener una acción organizada y profunda de evangelización. Por ello la labor de los misioneros se limitó a una pastoral ordinaria de mantenimiento, al cuidado de los bautizados por medio del ministerio ordinario de administración de sacramentos y de las visitas misionales a las cristiandades.

El celo por la gloria de Dios lo devoraba. El padre Venancio no tuvo más ideal que Cristo y las almas, su ideal era ganar para Cristo a todas las almas de su misión. ¡Almas! ¡Muchas almas! ¡Almas para Cristo, almas para el Cielo! Por este ideal hizo cuanto debía y más de lo que debía. Para suplir estas carencias, fray Venancio desarrolló una actividad personal verdaderamente prodigiosa.

²² *Ibid*, 114.

Una de las grandes preocupaciones suyas fue la de bautizar y llevar al cielo a la multitud de niños y adultos que diariamente morían en su misión. Su palabra advirtiendo de la grave obligación de todos los cristianos de ayudar a los hombres a encontrar a Cristo cuando están en peligro de muerte, y especialmente su ejemplo, fue causa de que muchos de sus cristianos, especialmente los de la Acción Católica, se hicieran "bautizadores de oficio", presentándole todos los domingos después de la Misa, la lista de bautizados durante la semana.

El celo de Venancio en esta materia rayó a gran altura. Él siempre llevaba en el maletín un frasco con agua, y frecuentemente interrumpía su camino para entrar en las casas de los enfermos graves y bautizarlos. Una vez se enteró de que una anciana estaba moribunda, y mandó a un catequista a que la bautizara. Ya era de noche y, según las costumbres chinas, ningún extraño puede entrar, después de anochecer, en una casa donde haya un enfermo grave. Ante la reticencia del catequista, Venancio fue taxativo: «Mira, aquí no hay más costumbre que Dios y la salvación de esa alma, así que vete a ver si la bautizas». Como uno de los familiares le impidiera la entrada, el catequista se volvió adonde estaba el religioso, que inmediatamente se dirigió con el catequista a aquella casa. El mismo hombre se volvió a encarar con ellos y se produjo la siguiente escena, de final feliz:

«¿A dónde vas?» "A ver a la enferma y a curarla". "Tarde llegas, pues está ya agonizando", dijo conmovido aquel rudo campesino. Al oír el padre Venancio que la anciana estaba agonizando, sin pensar en lo que pudieran decirle o hacerle, pensando solamente en salvar aquella alma, como una flecha entró en la casa, dejando atónitos a los que velaban a la enfer-

ma. "No os asustéis ni tengáis miedo, soy el misionero católico y vengo a curarla o a llevarla al cielo", les dijo el padre Venancio, mientras tocaba la frente y tomaba el pulso a la enferma. Al ver que se iba por momentos, invocó a la Virgen, habló a la anciana de Dios y de las verdades estrictamente necesarias para poder recibir el bautismo y cariñosamente preguntó a la enferma: "Abuela, ¿quieres ir al cielo?" "¡Quiero!" respondió la anciana. "¿Quieres bautizarte?" "¡Quiero!", volvió a responder»²³.

Lleno de celo apostólico, fue no solo activo sino también emprendedor. A pesar de las dificultades, que parecían insuperables, consiguió fundar la Acción Católica con su rama juvenil. A estos jóvenes les imbuyó de su celo apostólico, y con ellos pudo suplir en algún modo la función sistemática y a tiempo completo de los catequistas que no podía pagar.

«Dados los tiempos que corren, parece que todo debía paralizarse y, por falta de catequistas, extinguirse, o poco menos, la vida de los cristianos de la campiña. Gracias a Dios, no sucede eso en esta misión. Hace un año que fundé la Acción Católica de hombres y mujeres y de ella he querido servirme para sostener y alentar en lo posible el espíritu de los cristianos»²⁴.

Eligió en cada comunidad al menos un joven fervoroso, inteligente, aplicado y que además de la doctrina tuviera algún conocimiento en letras y escritura. Hizo de él un sub-

²³ L. AGUIRRE, «Recuerdo fraternal y cariñoso del padre Venancio Martínez, misionero en China», 25.

²⁴ A. QUINTANILLA, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1942; 1942-43», 89.



Con Luis Aguirre, a caballo de antiguas esculturas.

alterno del responsable de la comunidad, y le encomendó animar la vida de la comunidad, encargándose de la capilla, convocando a los fieles a la oración y leyéndoles los días de fiesta el Evangelio y libros de doctrina. Además se encargaría de la instrucción dominical de los niños, de enseñarles a rezar y de prepararles para los sacramentos de la confesión y comunión. El padre comenzó a reunirlos una vez por mes a estos jóvenes encargándose de su formación y preparación. Este plan no pudo seguir adelante por mucho tiempo, y no por falta de voluntad o fervor de los jóvenes, sino debido a la confusión y desorden que en aquellos momentos reinaba en toda la Misión.

«Para sostener el espíritu de estos jóvenes, los primeros viernes del mes vienen a la central donde se reúnen y se de-

libera sobre lo que han hecho y lo que hay que hacer el mes siguiente. Y puesto que toda la fuerza viene de la Eucaristía, estos jóvenes tienen Hora Santa de once a doce de la noche del jueves al viernes. Este programa está en vías de realizarse, aunque ya en alguna parte se cumple»²⁵.

Hicieron gran bien en medio de la situación tan difícil en la que se encontraban, aunque no pudieron hacer todo lo que el Misionero esperaba y soñaba.

²⁵ *Ibid*, 90.

X. VIDA ESPIRITUAL. ESPIRITUALIDAD MISIONERA

1) VIDA ESPIRITUAL

La fuente de su vida apostólica era su profunda vida espiritual. El Padre Venancio era un hombre de Dios, enamorado de Jesucristo y de la Virgen María. Hombre de profunda e intensa oración, tomaba en sus manos todos los días los Santos Evangelios y hacía de Jesús Sacramentado el centro de su vida. Luis Aguirre, que convivió con él un año y medio en la misión, lo testimonia así:

«El padre Venancio, tanto en sus viajes y visitas a las cristiandades, como en el tiempo que pasaba en casa, vivía una vida de oración y de capilla. [...] Fue un hombre de intensa oración. Todos los días, antes de amanecer y antes de levantarme, ya estaba en la capilla; durante el día visitaba varias veces al Santísimo; por la tarde acudía al rezo de los cristianos; y por la noche, se quedaba en la capilla, haciendo compañía al Señor durante mucho tiempo. Muchas noches no sentí su vuelta a casa, por haberme quedado ya dormido»²⁶.

Al calor del sagrario se encendía en coloquios de amor, donde su corazón se unía al del Divino Misionero y en Él se inflamaba de celo apostólico por la salvación de sus hermanos, los hombres. Místico y poeta dejó recogidos por escrito algunos de estos encendidos diálogos de amor.

A su amor por Jesús, unía un amor profundo a la Virgen. La Virgen fue su refugio, en sus penas y trabajos, en sus alegrías y triunfos, siempre acudió a ella, bendiciéndole

²⁶ L. AGUIRRE, «Recuerdo fraternal y cariñoso del padre Venancio Martínez, misionero en China», 31.

siempre. Encomendó a ella su misión y por esta intención rezaba todos los días una Salve, consiguiendo que mucha gente se uniera a esta oración. Él consideraba que los grandes frutos espirituales de su misión se debían a la bendición de la Virgen. «La Virgen, la Virgen ha hecho todo, y la Virgen hará todo lo que aún queda por hacer», decía el padre Venancio.

2) ESPIRITUALIDAD MISIONERA

En sus versos, así como en su vida, Venancio refleja la espiritualidad misionera vivida por él y por los recoletos de China. Es una espiritualidad misionera fuertemente cristocéntrica. Entienden su misión y la misión de la Iglesia en cuanto continuación e imitación de la misión terrena de Jesucristo que pasó haciendo el bien, predicando la Buena Noticia, la salvación y la remisión de los pecados, y que amó a los hombres entregando su vida por ellos. Es una espiritualidad del Amor manifestado en el Corazón de Jesús abierto en la cruz y sediento de amor, que se hace presente y sostiene la misión de la Iglesia a través de la Eucaristía y de sus ministros.

En el amor y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús encuentra la fuente de donde nace y se cultiva su celo misionero, así como el culmen de su obra de evangelización, entendida como manifestar a los hombres ese Corazón sediento de amor, e invitarlos a entrar en contacto con él. El Corazón de Jesús es la fuente donde aprende a amar con un amor que lleva a la donación de sí mismo por la salvación de las almas. El misionero deja que el Corazón de Jesús lata en su pecho y que ponga en él el fuego del amor y el deseo

profundo de que este fuego arda en los corazones de los que no conocen a Jesús.

Fray Venancio se encuentra con este Corazón en la Eucaristía, centro de su vida misional, el Sol que atrae misteriosamente a todos hacia sí, y desde donde irradia su luz y su calor; y comprende el misterio profundo del Sagrado Corazón y de su amor en la meditación de la Cruz y de la vida de Jesús narrada en los Santos Evangelios que meditaba todos los días.

En la Cruz y en la Eucaristía se enciende en el amor de Cristo por las almas, amor que impele a la misión y por el que los cristianos se convierten en fervorosos misioneros. En la Eucaristía, ellos escuchan el mandato del amor del Maestro, y es este amor de Cristo el que los misioneros despliegan para con los que desconocen a Jesús, y a través de sus palabras y de sus obras de caridad, les manifiestan el Corazón de Jesús y les invitan a entrar en Él, fuente del Amor.

«La fuerza de la caridad es tan irresistible que por encima de todos los errores e ignorancias, sabe imponerse aun en estas pobres almas que saben apreciarla y sentirla, como una necesidad, como algo que llena su pobre corazón vacío»²⁷.

Jesús es el enviado, el gran misionero del Padre, que a través de su encarnación es enviado como Buen Samaritano y Médico de las almas a la humanidad, el "gran enfermo". Buen Samaritano que dándole el doble precepto del amor como riqueza, encomienda a la Iglesia cuidar en su nombre hasta que él vuelva a aquella humanidad que él ha salvado.

²⁷ X, «Poemas Misionales», *TM* II (1938), 92-95, 95.

Es el hombre que vive en las periferias existenciales del pecado y del alejamiento de Dios el que es objeto del amor de los misioneros, que les portan y manifiestan el amor misericordioso que nace del corazón de Jesús, Buen Samaritano. Los misioneros son los miembros de Cristo, los brazos de Cristo Buen Samaritano y médico de las almas, el corazón de Cristo que ama y conforta.

XI. OFRENDA COMO VÍCTIMA AL AMOR MISERICORDIOSO (1943) Y MUERTE (1944)

El gran corazón de san Agustín, encendido en amor de serafín, seguía viviendo en el corazón de su hijo Venancio. Corazón intrépido y celoso como el de San Francisco Javier, infantil, místico, esponsal, sacrificial como el de santa Teresita de Jesús, de quien siguiendo su ejemplo, en el verano de 1943, hacia la fiesta de la Asunción, o sea, un año antes de su muerte, se ofreció como Víctima de Amor al Amor Misericordioso.

El acto de ofrecimiento que escribió, lo colocó, pegado, en la parte posterior de una estampa del *Ecce Homo*. Quería con su ofrecimiento de amor a Jesús Redentor y de amor a las almas, imitar, seguir y unirse a Jesús en su pasión, en su camino de Amor y sacrificio. El documento del ofrecimiento fue destruido después de su muerte, por expresa voluntad suya.

Al año de su ofrenda el Señor lo llamó a culminar su misión. El verano de 1944 fue caluroso en extremo. Sin embargo, para Venancio ni el extremado calor, ni la debilidad de su cuerpo fueron obstáculo para que, movido por su amor a las almas, se lanzara a la campaña a visitar a sus cristianos, a consolar a los afligidos y a repartir su poco dinero y aún su propia ropa entre los necesitados. Esta vez el Misionero, débil y enfermizo, sucumbió y tuvo que volver a casa y acostarse. Pasados algunos días, ya algo mejorado, pudo levantarse; pero como en Yücheng se encontraba solo y sin médico ni medicinas, decidió marcharse a Kweiteh, donde podía estar bien atendido. Allí, en la Casa Central de la Misión se fue reponiendo, mejorando de día en día. Cuando ya se sen-

tía fuerte y con ganas de volverse a Yücheng, quiso antes arreglarse la dentadura en un dentista japonés que había en La Estación. A los ocho días volvió a la Casa Central y comenzó a sentirse mal, con terribles dolores de cabeza y con fiebre. Era el 17 de julio.

Fray Pedro Colomo, médico de la Misión, se encontraba por aquellos años en Siayi. Fray Arturo Quintanilla, en aquel momento superior religioso de la Misión, le escribió varias cartas notificándole la gravedad de la situación y urgiéndole hiciera todo lo posible por llegar a la Casa Central para tratarlo. En aquellos días las lluvias eran torrenciales y los caminos estaban impracticables; además la campiña estaba infestada de guerrilleros y bandidos. Como en Kwei-teh había un buen hospital protestante, tras mucho pensar, Colomo no se arriesgó a ir, sino que remitió una carta en la que al mismo tiempo diagnosticaba y recetaba: según los síntomas que, por lo que le decían, manifestaba el enfermo y considerando la época en que estaban, estaba cierto de que Venancio padecía tifus o fiebres recurrentes; bastaba que llevaran la carta al hospital protestante para que le dieran la medicación. Efectivamente, Quintanilla llevó la carta a los médicos del hospital, que creyeron en el diagnóstico de Colomo y enviaron a una enfermera que les pusiera una inyección tanto a Venancio como a fray José Shan, que también estaba enfermo. Éste mejoró, pero el padre Venancio no respondió al tratamiento.

Venancio se sentía cada día peor; por eso el día 20, al atardecer, llamó a su confesor y después de confesarse pidió el Viático y la Extremaunción. El padre Luis Aguirre, su compañero y amigo, nos narra así estos momentos:

«¡Qué momentos tan emocionantes cuando, mostrándole el sacerdote la Sagrada Forma, tomó él la palabra y con voz temblorosa y entrecortada se dirigió a Jesús Sacramentado pidiéndole perdón por sus infidelidades, por sus defectos y por sus pecados...! Y después, dirigiéndose a la Comunidad, nos pidió perdón por las faltas de caridad, por los malos ejemplos, por las ofensas... ¡Oh, qué fervoroso, qué santo el Padre Venancio!»²⁸.

Después de recibir con gran fervor los sacramentos, llamó a Aguirre, su casi paisano, compañero de colegio y de Misión y amigo íntimo, lo hizo sentar en su cama y tomándole la mano derecha entre las suyas le dijo algo emocionado:

«Pronto moriré, pero muero contento, porque es la voluntad de Dios y además estoy plenamente convencido de que voy al Cielo, no por mis méritos, pues soy un grande pecador, sino por la misericordia de Dios e intercesión de la Santísima Virgen. Ya sabes que en Mérida tengo a mis padres y hermanos. No sé si aún viven. Si viven, cuando puedas comunicarte con ellos, escríbeles y diles que su hijo Venancio se ha ido al Cielo; diles que siempre les he querido mucho, pero que ahora, en los últimos momentos de mi vida, aún los quiero, si cabe, más todavía, y que no pienso más que en Dios y en ellos; diles que no lloren y que se consuelen pensando que estoy en el Cielo, desde donde velaré por ellos; y diles también que en el Cielo les espero a todos. Como mis padres y mis hermanos no pueden acompañarme, súplelos tú, estando a mi lado, como estarían ellos, en mis últimos momentos y acompañándome hasta la sepultura. Después diles todos los detalles de mi muerte»²⁹.

²⁸ L. AGUIRRE, «Carta del 16 febrero de 1946 a los padres del P. Venancio Martínez», *TM* 16/174 (1946), 9-15, 11-12.

²⁹ *Ibid.*

Fray Venancio se sentía fatigado por el esfuerzo que había hecho en esta conversación. Su amigo, conmovido, le pidió que descansara y permaneció allí, junto a su cama, velándolo largo rato... Él nos narra cómo fueron los últimos días de su vida:

«Toda esa noche la pasó besando el Crucifijo y una estampa de la Virgen, invocando los nombres de Jesús y María y haciendo fervorosísimos actos de fe, esperanza y caridad. Una vez le dije que procurara descansar y dormir algo. “No, me contestó; no puedo, Luis. No debo dormir. Debo aprovechar el poco tiempo que me queda para amar a Jesús, pues bastante poco le he amado durante mi vida”.

Los tres días siguientes o sea, 21, 22 y 23 continuó, a pesar de las medicinas, con una fiebre que lo abrasaba. Su fervor iba también en aumento: para él ya no había más que Jesús y María»³⁰.

El día 24, lunes, cuando Luis Aguirre volvió de la misión, adonde había ido para celebrar la Misa del domingo, entró a ver al enfermo. Éste estaba ya muy mal, pero aún lo llegó a reconocer. Al ver que venía todo sudado, movido de un gran amor fraterno, le dijo: «Vete a mudarte, Luis, no sea que te enfermes». Estas fueron sus últimas palabras. Pasó todo el día delirando. Hacia las ocho de la noche perdió el habla. Al ver que se acercaba su último momento, se reunió en su cuarto toda la Comunidad y rezaron la recomendación del alma y demás oraciones del Ritual.

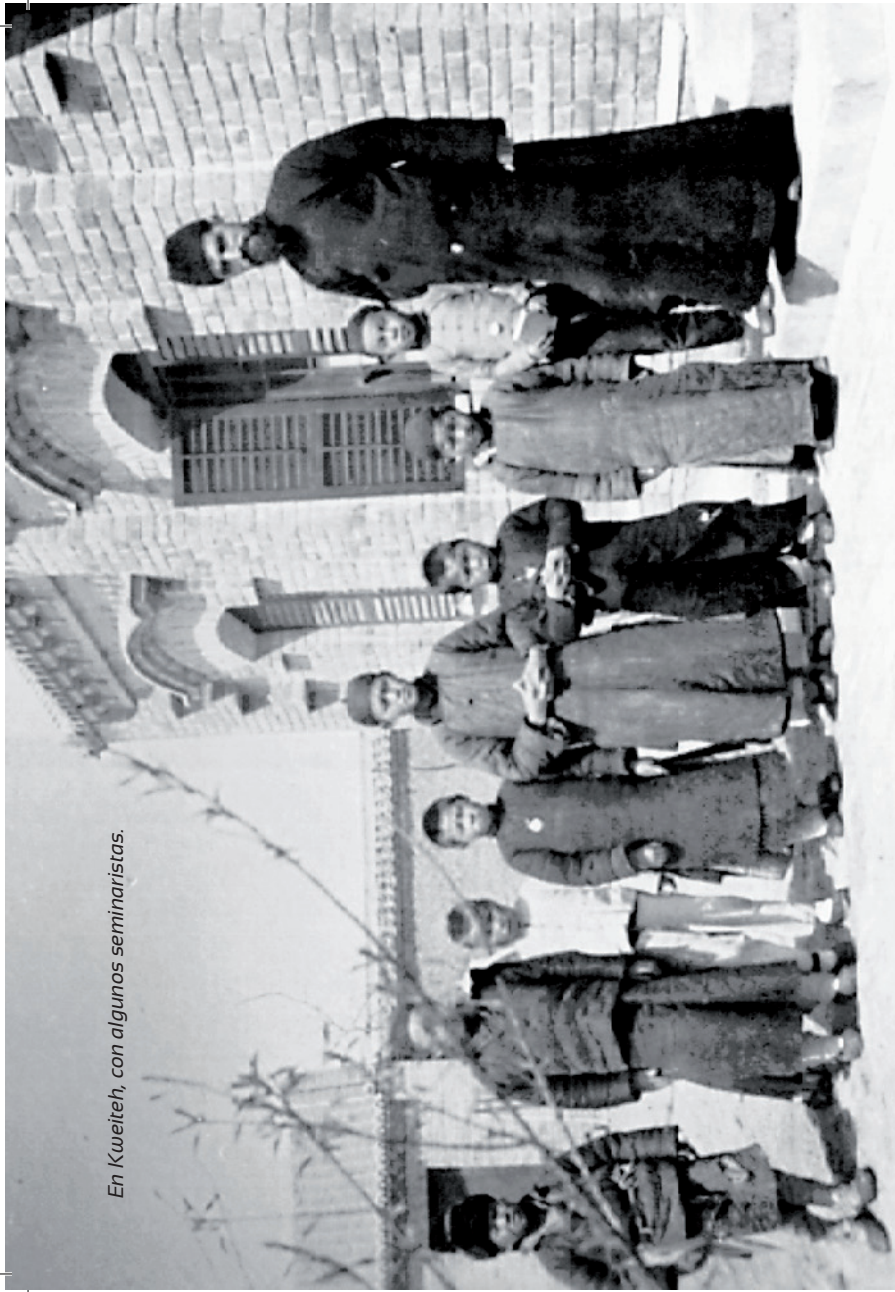
Por fin, a las diez y veinte de la noche del día 24 de julio de 1944, devorado por la fiebre, pero plácidamente, sin movimientos ni convulsiones, entregó su alma a Dios.

³⁰ *Ibid.*

El día 25 por la tarde, tuvo lugar la conducción del cadáver hasta la propiedad que tenían los frailes en la misión de La Estación de Kweiteh, donde se le dio sepultura. El entierro fue muy concurrido y solemne. Religiosos, religiosas, seminaristas, las niñas de la Santa Infancia así como un nutrido grupo de cristianos de Kweiteh y de La Estación misma, acompañaron emocionados el féretro.

Era aspiración suya: «Más vale caer en la mitad del camino, cansados y fatigados de tanta brega en busca siempre de almas y con las manos llenas de buenas obras y de méritos, que no llegar a una edad avanzada, en la que ya nada podemos hacer si no es causar molestias. Que nuestros trabajos tengan el sello de Cristo, para que sean legítimos y nos faciliten “pasar la frontera” y nada más». Y así fue. Sucumbió como guerrero heroico víctima de su propio celo y agotado por las fatigas extremadamente duras en aquellas circunstancias de su incansable apostolado. En la mitad del camino de su vida, a la edad de 33 años y en el campo mismo de batalla, pero lleno, sin duda alguna, de méritos y de virtudes murió como el grano de trigo, cayendo su cuerpo en la tierra de su amada Misión y dejando su alma este mundo para seguir desde el cielo bendiciendo a sus hermanos recoletos y a sus amados chinos.

En Kweiteh, con algunos seminaristas.



XII. FAMA DE SANTIDAD

El padre Venancio Martínez fue un gran santo y así lo sintieron quienes convivieron con él. El padre José Shan, primer recoleto chino, desde el año 1948 hasta su encarcelamiento en 1955 estuvo al frente de la misión de Venancio. En el año 1950, en pleno dominio comunista escribe lo siguiente:

«Yo creo que esta paciencia y aguante ante las contrariedades y miserias presentes, no es sino beneficio y gracia que me han conseguido de Dios tanto vuestras oraciones como la intercesión de mi antecesor en esta misión el buen Padre Venancio Martínez, a quien siempre me encomiendo, por estar persuadido de que está gozando de la gloria de Dios en el Cielo»³¹.

El padre Francisco Sanz, al revelar en *Todos Misioneros* su gesto de ofrecerse como víctima del Amor Misericordioso, dice que lo manifiesta «para Gloria de Dios, honra de la Orden de Agustinos Recoletos de quien era miembro, y para proponerlo como ejemplo a otras almas que se crean con fuerzas de imitarlo»³².

Monseñor Arturo Quintanilla declara que fue «modelo de misioneros»³³.

Finalmente, su amigo Luis Aguirre recogió la mayor parte de las informaciones personales no directas de la actividad de Venancio; y de su cosecha aportó el testimonio de su convivencia en la Misión, la gran amistad y hermandad

³¹ J. SHAN, «Desde nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 20 (1950), 268-270, 269.

³² F. SANZ, «Victima del Amor Misericordioso», 172.

³³ A. QUINTANILLA, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1943-44; 1944-45», *TM* 17 (1947), 141-142; 191-192, 192.

que les unió y, en fin, el relato de su última enfermedad y su muerte. Estos testimonios le habían sido pedidos por el padre Miguel Muñoz, condiscípulo y amigo de Venancio y a la sazón director de la revista *Todos Misioneros*. Su idea era poner todos esos materiales en manos del padre Victorino Capánaga para que éste elaborara una semblanza; proyecto éste que nunca se llegó a realizar.

Al cabo de los años, cuando se cumplía el 50° aniversario de la ordenación sacerdotal de Venancio, Aguirre desempolvó las notas de antaño para que no se perdieran en el olvido. Quedaron publicadas en el *Boletín* de la Provincia de San Nicolás del año 1984. El juicio del padre Luis Aguirre es claro y categórico: el padre Venancio Martínez de Jesús María es «nuestro incomparable misionero que, sin exagerar, es una de las grandes figuras misioneras de la Orden y de la Iglesia»³⁴.

³⁴ L. AGUIRRE, «Recuerdo fraternal y cariñoso del padre Venancio Martínez, misionero en China», 15.

2

Por sus escritos...

LA REINA DE LA SANTA INFANCIA³⁵

Es cieguita y la llaman la Reina de la Santa Infancia. La veréis siempre con una sonrisa a flor de labios. Así la he conocido yo. Sin embargo no ha sido así siempre. Tampoco fue ciega de nacimiento. Vio la luz y a los cuatro años se le murieron los ojos.

¡Qué pobre la ciegucecita! Está el patio revolviendo en risas, gritos y algazara. Sola la ciegucecita va despacio por allí, teniendo sus manos adelante, con su mundo interior de tiniebla y de silencio. ¡Cómo le duelen las risas! ¡Cómo le punza la espina que nadie sabe, pero que a ella tanto le duele! También qui-

siera ella ser como las otras, jugar y correr y reírse como las otras. Hoy está muy triste y ha llorado mucho. En estos momentos de tanto festival, cómo le hostiga una rebeldía interior. ¡Cómo se revuelve y se enturbia la paz de su alma! Tiene el corazón henchido de sollozos que van a estallar. Pero no dice nada la ciegucecita. Que su consuelo es llorar donde nadie la vea y desahogar eso que siente en el pecho con tanta ternura.

La monjita la sorprende y le pregunta:

—¿Por qué has llorado, nena?

³⁵ En *TM* 9 (1936) 181-185.

Tiene todavía húmedos los ojos y dice con candor:

—Si no he llorado, mamá.

Y lo dice con voz que es una confesión. Ha callado y no quiere decir nada. No quiere confesar que tiene envidia de sus compañeras. Siente el remordimiento de haber engañado a su Madrecita. No está tranquila, y al acostarse y sentir la mano caliente y maternal que la arropa, le ha dicho llorando al oído:

—Perdón, mamá, te he mentado. Yo soy muy mala y tengo envidia de mis compañeras, porque no puedo jugar ni correr. Y muy desgraciada. Mamá.

* * *

La cieguita es muy piadosa y tiene una conciencia delicadísima. Como no tiene con qué distraerse, piensa mucho en Jesús. Pero a veces por su impotencia, por su aislamiento, por su inutilidad aparente se levanta una tempestad

infantil de rebeldías en su alma. La deprime una desazón amarga al verse como un estorbo a todos, como una causa de molestias que todos deben soportar. En verdad que es cruz fuerte la de la cieguita. Pero es una cruz fecunda y rebosante en gracias divinas, si se sabe aprovechar bien.

Y así lo ha comprendido la monjita. Ella tiene buena mano. Y empujándola con cariño, la ha llevado hacia Jesús. Y Él se ha encargado de amansar los caprichos de la niña. Y ya está contenta. Ya no le importan los juegos. Que en vez de ellos, se arrima al marco de la capilla y sueña con su Niñito. Por eso sonrío tan dulcemente. Con una sonrisa de cielo. Cuántas tardes, mientras resuena la gritería infantil en el recreo, ella está sentadita mucho rato ante el Jesús del sagrario. Pero, oh, no es lo mismo amansar un capricho del alma que un anhelo profundo. Que las cruces

de la vida se suceden sin cesar.

Ha oído muchas cosas entre sus compañeras. Quieren fundar una congregación de misioneras de Cristo Rey. Y todas hablan con el entusiasmo de ser las primeras piedras de la institución. A la ciegucecita le surgió la ilusión como una luz en la profundidad de su alma tenebrosa... Ella que en su silencio se había atrevido a pensar ser algún día como eran las Madres. Que ya no pensaba sino en ser toda de Jesús. Que toda su satisfacción sería hacer bien a las almas de sus hermanas...



Como todas las noches, la Madrecita iba pasando por el dormitorio y arropándolas maternalmente. Y al llegar a la de la ciegucecita, siente un apretón fuerte y al oído que le dice apasionadamente y exaltada:

—Mamá, yo también quiero ser monjita.

—No, hija mía, le dice con acento natural. Tú no puedes.

—Por qué, responde cortada.

—¿Pero no sabes, hija mía, que para ser monjita se necesita tener vista...?

Ha dado un quejido y ha caído tronchada la flor. Se le murió la ilusión, como se le murieron los ojos al nacer. ¡Pobre reincecita de la Santa Infancia! Ya no dice nada. La Madrecita no sabe lo que ha hecho. Ya no duerme. Ya el corazón se secó. Ya no suspira. Ya no llora la ciegucecita. Que cuando es duro y seco el quebranto, no da lágrimas el alma. Se quiebra, desmayada y muere. Después vendrá el sollozo profundo.

La ciegucecita vive resignada. Pasó el primer golpe. Se acordó de las tardes del sagrario y sintió el alivio de Cristo. Pero aún espera con impaciencia el día en que sus compañeras vestirán el vestido blanco. Tiene miedo de sí

misma. Aún está tierno el corazón. Y llegó lo que esperaba. ¡Cuánto movimiento en la Santa Infancia! Todo es fiesta. Solo la ciegucecita ha llorado mucho. No le engañaba el corazón. Era demasiado grande su anhelo para dejar de llorar.



Por la noche, apartada en la oscuridad le dice a la Madre que la encuentra:

—Perdón, mamá, yo quiero llorar, yo quiero morirme, yo quiero ser de Jesús, quiero ser como tú y las otras. Yo soy muy mala. Perdón, mamá, yo quiero ver, yo quiero ver, mamá...

—Pero nena, ¿por qué has venido aquí?

—Yo no quiero que me vean llorar, mamá, yo quiero sufrir por Jesús para que me dé la vista y pueda ser como tú. La Madrecita comprende su crisis interior y como otras veces la lleva a la capilla y allí de rodillas las dos dicen muchas veces la misma plegaria:

—Jesús, que vea.

—Pero, hija mía, le dice volviéndose la monjita. Si Jesús no quiere que veas, ¿lo ofreces por él y las almas?

—¿Y podré salvar así almas para Jesús? pregunta tímidamente a la Madre.

—Sí, hija mía, sufriendo esto con paciencia y alegría, puedes salvar muchas y también puede ser misionera. Vamos, pues, hija mía, a dormir. Ofrécelo todo por Jesús.

Se deja llevar, pero en la puerta, volviéndose hacia el sagrario, dice la ciegucecita con verdadera efusión:

—Jesús, que vea. Pero, sí tú no quieres, hazme misionera. Y si quieres, te doy también mi vida y mis ojos por las almas.

Ha vuelto la sonrisa a la ciegucecita. Parece más celestial. La frente coronada y el corazón. Y así vive entre las compañeras. Espiritualmente, como florecilla entre un espino.

MANOS QUE SALVAN³⁶

¡Qué mañanita tan fría! Ha nevado y sobre la nieve blanca ha caído una escarcha rutilante. Los campos blancos. El cielo reluciente de luz en este amanecer del sol invernero.

¡Qué pobres los que no tienen albergue y un poco de pan caliente!

¡Cuántos mendigos en los caminos! Con el alma rota del hielo y del hambre como los trozos harapientos y colgantes de sus pobres vestiduras.

Ahuyentados por los perros callejeros, van uno en pos de otro, hundidas las cabezas en sus *mongoles* raídos y ojerosos que fueron tal vez hallazgos rebuscados en el barro de las cunetas y en los montones de escombros e inmundicias.

¡Oh, el invierno, enemigo de los pobres y de los enfermos! ¡Qué crudo y sin pie-

dad en estas rinconeras sin horizontes montuosos, pero albergadas entre vallados de árboles sin frondas ni follaje!

Aumentado el frío se aumenta el hambre. Y el hambre no sabe disimular la miseria. Y en cada sendero hay un espectáculo, exposición horrenda de toda una tragedia familiar.

La viejecita de muchos días, con sus piecitos apriados en vendajes, diminutos, pezuñas en miniatura, va siguiendo despacito y tambaleándose el duro calvario de la multitud mendicante.

¡Pobrecita! ¿Quién le dará un poco de pan para que no muera de hambre?

¡Qué mala noche ha pasado! Creía morir ya de frío.

Está solita en el mundo. Y, como un pajarito, se esconde en el primer portalico que encuentra al anochecer.

³⁶ En *TM* 9 (1936), 77-80, 79.

Muchos días ha pasado por nuestra puerta y ha atravesado el umbral.

Y cómo se enternece cuando en nombre de Cristo se le da un poco de caldo caliente y se le abriga en el fogón...!

No es cristiana todavía. ¡Oh, los árboles viejos están muy arraigados a la tierra donde nacieron! ¡Oh, qué duro es trasplantarlos y qué costoso! En tantos años de ceguera y obscuridad espiritual, no aciertan por de pronto a ver la luz de Cristo. La luz que se le da a traguillos, a migajas, poquito a poco, casi llega a deslumbrarla.

No se desgaja de un tajo el árbol, ni se iluminan con unos focos los ojos muertos.

Por eso, poco a poco, irá cayendo la catarata, poco a poco se remueve la tierra de al lado, poco a poco irá cayendo el árbol y dará con los brazos en Cristo.

Hacia aquí viene la pobrecita. En vano alarga la mano desgastada y temblorosa a los transeúntes...

Con qué ansiedad mira hacia delante, con el afán de llegar pronto donde nunca se le negó el pedacito de pan negro porque no hay otro mejor.

Y llega por fin. Se siente más animada. Que el ambiente de la caridad de Cristo fácilmente se condensa y se apega en el alma de estos pobrecitos y abandonados.

Allí está esperando en el patio de la Santa Infancia. Hay gran soledad y un silencio conventual.

Están las niñas recogidas porque es la hora de las clases.

Ayer celebraron la fiesta de la Madre. Tanta gracia derrocharon en los versos, en los bailes típicos, en los cantos, que el señor Obispo les regaló unas chapecas para que se compraran cacahuetes, que tanto les gusta.

Y en verdad, cuánto les gustan los cacahuetses. Lo conoceréis por el entusiasmo con que piden en el mismo momento de recibir los centimitos; quieren a todo trance que se conviertan ya en cacahuetses.

—No, les dice la Madrecita. Mañana os compraré muchos, porque ahora os harían daño. Hoy habéis comido muchos dulces.

—Bueno, pues mañana. Y oh, con qué afán esconden el centimillo en el pañuelo, cómo lo guardan! Igual que un tesoro.

Hasta en la cena se les oye relamerse de gusto con el atracón que mañana se van a dar de cacahuetses.

Como un paréntesis: piensa, lector, con qué poco se contentan estas criaturas.

Y llegó el día, que es el mismo en que llega la pobrecita vieja a buscar una limosna.

La monjita la ha visto temblar de frío y ha salido ense-

guida, ocurriéndosele a la vez una idea.

—Venid, nenas, mirad esta ancianita. Viene en busca de un pedacito de pan, porque todavía no ha comido y ha pasado muy mala noche. ¡Ya veis cómo tiembla de frío la pobrecita! Vosotras tenéis pan y ahora queréis comprar cacahuetses. Pero vosotras podéis pasar sin cacahuetses y esta ancianita no puede pasar sin pan. ¿Qué queréis hacer con vuestras chapecas...?

¡Angelitos de Dios! ¿Dónde tenéis el corazón? Miradlo en la manecilla de cada niña.

Todas a la vez, sin pensar más, han soltado el pañuelo y alargan su centimillo a la ancianita.

Esta retrocede ante semejante actitud de las nenas, ante este hecho inaudito para ella hasta el presente. Y no quiere aceptar las monedillas. Quiere morirse antes que privarles de los cacahuetses a estos angelitos.

—Cójalo usted, le dice la Madre, que se lo dan de buena gana.

La ancianita está llorando. Se le agolpa la ternura a los ojos y a la garganta.

Y extendiendo, sin darse cuenta, la mano heladita, tapándose los ojos, ha cogido las moneditas que todas han ido echando como en una hucha abierta.

Manos que salvan. Manos inocentes, tiernecitas, las débiles, las que se doblan ante la fuerza, pero que ellas han dado el último golpe y han derribado el árbol añoso y pagano. La ancianita se hará cristiana.

No quiero comentar. Sólo te suplico, lector, no cierres tu corazón. Que lo tienes de oro y tú no te estás dando cuenta.

No caviles demasiado en tus ruinas financieras por una limosna de más.

Manos limosneras, manos que salvan. No lo dudes.

La limosna de un cariño. de una dulzura a un alma desconsolada.

La limosna de una buena palabra, de un buen consejo.

La limosna de pan y del céntimo a los pobrecitos que no lo tienen.

Todo el bien que puedas hacer en el alma de tu hermano, es una limosna de la que no debes privarle.

Todos somos mendigos, y todos necesitamos de la limosna de la caridad.

Observa el ejemplo de estas nenas. No dan más porque no tienen más.

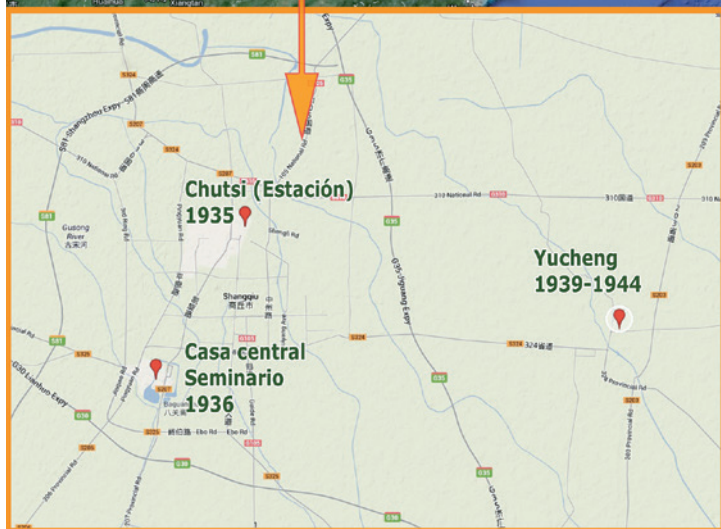
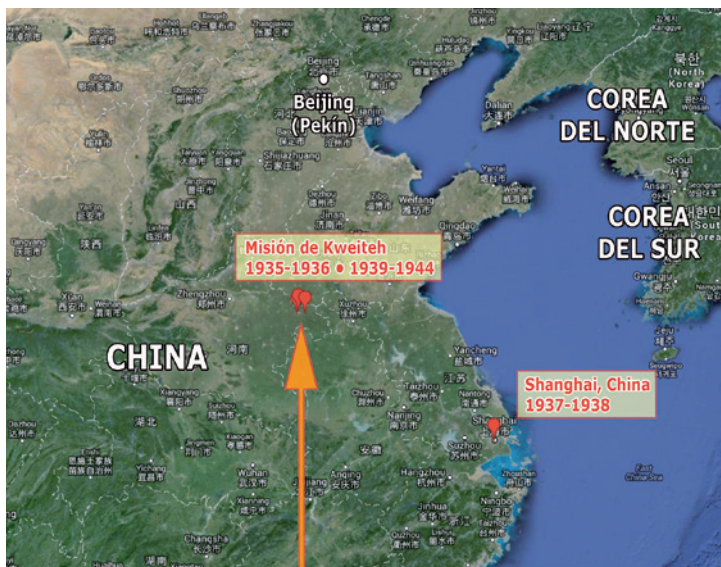
Tú tienes tanto corazón como ellas. No te dejes ganar en generosidad. Que así es como ganarás almas y serás acreedor de Cristo.

3

Hitos de una vida

1911, 31 marzo	Mace en Mélida (Navarra, España).
1923	Ingresa en el Colegio preparatorio de San Millán de la Cogolla (La Rioja).
1927, 6 septiembre	Profesión simple en Monteagudo (Navarra).
1932, 1 abril	Profesión solemne en Ivybridge (Devon, Inglaterra).
1934, 22 julio	Ordenación sacerdotal en Inglaterra.
1934	Destinado como profesor a Lodosa (Navarra).
1935, 30 octubre	Llega a la Misión de China.
1935, noviembre	Destinado a Chutsi, con el padre Mariano Gazpio, a estudiar la lengua china.
1936, 15 septiembre	Regresa a Kweiteh como vicerrector y maestro del Seminario.
1937, 18 mayo	La Prefectura de Kweiteh es elevada a Vicariato.

1937, julio	Se opera en Shanghai y permanece allí bloqueado por la guerra chino-japonesa.
1937, 31 octubre	Fray Francisco Javier Ochoa es ordenado obispo.
1938, 22 diciembre	Por fin puede regresar a la Misión.
1939, 4 enero	Es destinado a la misión de Yücheng.
1940, 4 noviembre	Luis Aguirre es destinado a Yücheng. Será su compañero poco más de un año.
1943, verano	Se ofrece como víctima de amor.
1944, 17 julio	Estando en Kweiteh, cae enfermo con dolores de cabeza y fiebres.
1944, 20 julio	Se confiesa y recibe el viático y la unción de enfermos.
1944, 24 julio	Fallece a las diez de la noche.
1944, 25 julio	Es enterrado en la cementerio de La Estación.





LAMPARAS ARDIENTES
agustinos recoletos